

Si me obligaran a elegir dos palabras con las que describir el universo, sin dudarlo ni un instante elegiría las siguientes: potencia y miedo.

Manifiesto por una Biología Trascendental

Nos parece, o debería parecernos, muy obvio que las lógicas y las matemáticas no constituyen la estructura del mundo, o al menos no la única de ellas; nos satisface imaginar a estos lenguajes y sistemas formales, más bien, como meros sistemas de organización del conocimiento que son utilizados por grupos de hombres. En nuestro favor sólo podemos alegar que esta concepción instrumental es sumamente intuitiva. Hablando llanamente, nos parecería absurda la visión de que las matemáticas, las cadenas de silogismos, las teorías científicas, etcétera, pasaran de ser algo más que útiles compactos y versátiles que, como útiles que son, nos ayudan a superar nuestra miserable condición existencial.

En efecto, a mí me gusta cagar con papel higiénico al lado; y sé que el papel higiénico se acaba de tanto en tanto; por consiguiente, sé que debo ir con frecuencia al supermercado a comprar, para reponer los rollos en mi cuarto de baño. Una vez en el súper, soy capaz de ejecutar algunos cálculos aritméticos que me indican que la marca blanca es bastante menos costosa que los Scottex; y yo no tengo mucho dinero; por tanto, compro papel higiénico barato aunque me deje el culo peor que el rostro de Tommy Lee Jones.

No menos obvio parece que el manatí se está guiando por sistemas de organización de la información análogos a los míos cada vez que él ve a un puma doblar la esquina, y avisa a su congénere para que éste escurra el bulto a toda prisa.

No sabemos si alguien ha acometido ya el proyecto de explicar la lógica y las matemáticas a partir de estos berridos de mono, canciones de ballenas, trasvase de feromonas de insectos, etcétera, pero está claro que aquéllas se derivan de éstos, y que, si una forma de comprensión del mundo no admitiera tal cosa abiertamente, estaríamos justificados a mandarla de paseo de inmediato. Sin peligro y sin necesidades no hay soluciones; una solución es lo que una sociedad de organismos vivos es

capaz de generar para escapar de los peligros a que se enfrenta; tal es la naturaleza y el grado de los peligros que nos acechan, tal es la esencia y la potencia de nuestras soluciones.

Dos modos de conocimiento son privilegiados para los hombres. El primero es aquel que se afana en la búsqueda de soluciones en el interior de un marco lingüístico o técnico prefabricado; sobre este marco, laboramos y combinamos elementos, traducimos fórmulas útiles e importamos y exportamos elementos de otras áreas. Se recibe un esquema y se reelabora y perfecciona ese esquema. En ningún momento aparece aquí el hombre como unidad de acción que trabaja junto a otras unidades de acción similares a él, y que lo hace sirviéndose de sistemas de instrumentos que ostentan sus modos de uso propio. Las lógicas y las matemáticas son dos de estos tipos de instrumentos.

Un segundo modo de conocimiento es aquel por el cual el hombre es capaz de contemplar este esquema con conciencia plena de sus características. Se ven entonces los hombres como manada actuante y técnica entre otras manadas actuantes y técnicas, es decir, observan los nexos entre su hacer diario y el de los animales que les son más semejantes. Comprenden que ellos proceden de estos animales en su ser y en su saber, y que constantemente les observan e imitan, compartiendo con ellos tanto peligros como soluciones, si bien según modalidades y formas nuevas en cada especie y ocasión. En suma, el hombre se ve a sí mismo como animal conectado con un todo de agrupaciones locales; y reconoce su animalidad al ver a los grupos de trabajadores realizando actividades impuestas por sus necesidades y afectos, y coordinadas en virtud de sus habilidades. Ahora bien, este reconocerse en su animalidad es, en los raros casos en que se da, precisamente lo único que aparta al hombre de la animalidad misma.

Por lo demás, es imposible que el hombre deje de ser un completo animal en todas sus acciones, excepto en esta única acción, a saber, reconocerse como un completo animal.

A esta forma de aproximarnos al conocimiento la llamo filosofía, o biología trascendental.

Apetitos de la sangre deconstruida

Sin cesar escuchamos una crítica a la fiesta del toreo: los toros son sangrientos, un espectáculo despreciable y primitivo. Mas, si no nos dejamos llevar por un juicio emocional y apresurado, y observamos atentamente las cosas de los hombres, hay que reconocer que éstos, aun en sus versiones más civilizadas, siguen plenos de primitivismo. Sí, rebosamos primitivismo. Hasta las más nuevas y flamantes de nuestras prácticas, de nuestras tendencias ideológicas y estéticas, confirman este dictamen. No hacemos más que revestir, cada día, nuestro primitivismo de civilización. Pero el cuerpo de lo violento se hace diáfano a quien no halla un placer especial en los juegos de máscaras.

Nuestras pasiones sangrientas han sido educadas en la profilaxis de McDonald's y de los videojuegos. De ahí que sólo toleremos la sangre artificial, los substitutos o remedos de la sangre. Somos consumidores voraces de la sangre deconstruida. Hemos logrado la abstracción de la sangre: la hemos expuesto y queremos superarla. Con este fin -superar el primitivismo sangriento- nuestra civilización está inventando un número colosal de espectáculos-vacuna. Estos debieran ayudarnos a pasar lo antes posible la enfermedad de la violencia.

Por lo demás, un mayor o menor grado de violencia se esconde en el fondo de todo ser humano; herencia de depredador que debe ser desplegada y educada, moldeada y controlada de una forma u otra. La fiesta taurina es una de esas tácticas de gestión colectiva de la violencia. Ella es propia de una civilización menos regulada y sofisticada que la actual, una civilización de contacto y atrevimiento, de exposición estética a la violencia absoluta; el GTA San Andreas y el fútbol son tácticas homólogas, pero asépticas y artificiales. El GTA sublima y demora el dolor: es, como nuestra época toda, diferido y prefabricado. Frente a la poesía de los toros, la técnica del GTA.

No hay cosa que más nos repugne que aquello a lo que no estamos acostumbrados. Y todo acto poético, también la fiesta taurina, es hoy demasiado real, demasiado inasible y, por ello, demasiado horrible a nuestros ojos. Toda poesía ha sido proscrita y relevada por la explotación, manufactura y presentación diferida de lo mismo. Pregunta: ¿qué se come uno con más tranquilidad en estos días: una hamburguesa que viajó dos

continentes emplastada, y que ha sido cocinada detrás de un muro por señores con uniforme que la vierten entre panes de juguete, sirviéndola ya encerrada en su package...o un filete del puerco que han matado y despiezado delante tuya hace cuarenta minutos? Nosotros lo tenemos muy claro; casi todos los seres humanos de la historia hasta hace unos cuarenta años, también. Somos la civilización de la sangre deconstruida: todo objeto debe ser depurado de dolor y presentado como portador de un placer puro y simple. Hemos deconstruido la violencia.

Pero hemos descubierto, también, que podemos hacernos adictos a la vacuna de la sangre. Adicción que corre pareja a otra: nuestra -también muy primitiva- adicción de poseer cada vez más. De hecho, ¿no es lícito observar que, cuanto más usamos de la naturaleza, más tratamos de ocultárnoslo a la impresión? ¿Qué es esto, sino una declaración de culpabilidad? En la progresiva deconstrucción y depuración simbólica de la commodity, el hombre confiesa la más horrenda y salvaje profanación de las cosas del mundo, y hasta de los seres humanos mismos. De esta profanación, el hombre quiere redimirse. La diferencia que existe entre la fiesta taurina y el GTA San Andreas puede medirse por un acto continuo de redención: tres avemarías y una técnica de reproducción visual nos alejan hoy del primitivismo.

Nosotros, plurales y diversos

O bien la propaganda favorable a la biodiversidad es hipócrita y estúpida, o de ella se sigue que también es preciso fomentar la diversidad cultural.

Pero está claro que la diversidad cultural no es del todo deseable. Nadie quiere caníbales por las calles. A los científicos les molestan los astrólogos y los curanderos; a los capitalistas les molestan los vagos, los viejos, los dependientes, los filósofos, los matemáticos y en general cualquier cosa que cueste dinero y no produzca riqueza a corto plazo; y a los anarquistas les repugnan los idólatras, siempre dispuestos a entregar su afecto a la bandera, al himno nacional o al Dios de turno. Está bien que seas lesbiana, pero los pedófilos y necrófilos están proscritos sine die. Vale que te vistas

punky, pero no salgas a la calle en pelotas, y ni siquiera con una túnica romana.

Muchas diversidades están dispuestas, si no a abrazar y amar otras diversidades, al menos a tolerarlas. Pero algunas variedades tienen por sistema el prohibir cosas a las demás. Los cristianos: que nadie aborte. Los islámicos, mejor ni hablamos. Incluso existen organismos especializados en prohibir, como el Ministerio de Justicia.

Luego vemos un documental de pigmeos o indios paraguayos y nos ponemos tiernos. Pero está claro que a los indios los queremos en la selva, a los violadores en la cárcel y a los locos en el manicomio. A los lobos en la montaña y, como bajen a comer ovejas, rifle por la boca; por lo que toca a los calamares gigantes, éstos están bien donde están, y si no pueden comer atún para que yo me coma mis filetes, mis huevos rellenos y mis pizzas, pues que les den por culo.

Si entre los humanos siempre pierde alguien, no es menos claro que todas las especies animales tienen mucho que perder si se ponen en el camino de la maquinaria de intereses dominante, ésa que se pretende tan tolerante y amante de la diversidad.

En estas condiciones, es cristalino que toda pretensión de biodiversidad debe pasar por una drástica transformación, cuando no eliminación, de la maquinaria social y técnica de la raza humana. La diversidad cultural es una quimera; la biodiversidad demanda la extinción de los hombres, o es ilusoria y falsa. Podría argüirse que toda diversidad puede y debe ser negociada. Pero una negociación no deja a los negociantes igual que estaban: cada uno pasa a ocupar su lugar en una nueva unidad, ésta tan diversa como los estantes de un supermercado. Por ejemplo: somos diversos, siempre que el atún esté con las conservas y el dentífrico entre los productos de higiene. Y no parece haber forma de escapar de aporías como éstas.

Construcción, paisaje y mediocridad

Digámoslo claramente: toda construcción deforma el paisaje. Sin duda, esta deformación puede ser para mejor o para peor. Ahora bien, para construir de forma que se deforme para mejor, hay que tener una educación estética realmente prodigiosa. Una buena educación estética es mejor que la de la mayoría de los hombres y, de hecho, contribuye a mejorar la educación estética de los demás. De lo contrario, es mediana y no contribuye a nada: entonces sólo puede deformar para peor: todo bosque y toda playa será más bello que una fea urbanización, un campo de golf impersonal o un hotel de cinco estrellas mediocre.

Pero no se trata sólo de eso. De la educación estética, una parte sustancial es el respeto por lo salvaje. Necesitamos mantener entre nosotros una cuota de salvajismo, de paraje agreste. Pues en un entorno donde no hay nada agreste, una comunidad siente que su proyecto ha llegado a término: ya no hay nada que mirar más que lo que ya hicieron otros hombres. En ese momento, los hombres más jóvenes ya han perdido la naturaleza y no son más que sujetos dependientes de su civilización, subordinados a ella. Luego, la acumulación de genialidad también convierte a la totalidad constructiva en una mediocridad.

Observamos que la mayoría de la gente que, en nuestro tiempo, proyecta nuevas construcciones, son gente con una educación estética mediocre, y que sólo vive para el dinero. Y ya sabemos que el dinero no es más que una confianza que la sociedad deposita en ti. Luego hablamos de individuos mediocres que son incapaces de vivir más allá de una subordinación estética y práctica respecto de su cultura, es decir, individuos que jamás pueden hacer a la humanidad progresar. De donde podemos afirmar: la mediocridad, el garrulismo y el afán exclusivamente económico están ligados de forma inextricable. Evitemos sucumbir a esta mediocridad. Castiguemos esta mediocridad. Seamos inflexibles ante ella.

Uno Afectivo y Uno Discursivo

La mayor parte de las personas es capaz de enumerar sus intereses personales. Todos somos más o menos capaces de graduar nuestros intereses sobre una escala, una escala móvil en cualquier caso, pues admite variación en el tiempo. Los intereses que, para una persona, son primordiales, producen en ella el deseo de volcar todo su ser en llevar estos intereses a cumplimiento.

Mientras tanto tú, como cualquier otro, puedes concebir otras urgencias distintas, otra escala de problemas y valores, y en consecuencia otro programa de acción, de reflexión o de protesta. Sabes muy bien que tus oportunidades son reducidas al respecto de influir sobre la escala de valores e intereses de otras personas. Comprendes con distinción que existen herramientas y técnicas capaces de influir sobre las personas en mucha mayor medida que lo puedas hacer tú, con el solo poder de tus palabras, o a través de otras herramientas más o menos insignificantes que tienes a tu alcance. Y tiendes a contemplar el esquema de estas herramientas, técnicas y acciones que te permiten prosperar como la unidad de una serie de condiciones cuyo cumplimiento vendría a garantizar tus necesidades e intereses.

Sin embargo, también has aprendido a aceptar el hecho de que tus intereses difieran esencialmente de los de otras personas, así como que, a menudo, las herramientas y condiciones que a priori te eran disponibles, pueden desaparecer o simplemente dejar de funcionar. Por cierto que las consecuencias que de ello se derivan te resultan repugnantes. Lo cual no es sorprendente, pues ellas significan un decremento sustancial en las probabilidades de realizar tus intereses.

Si lo que una persona necesita, o cree que necesita, está más allá de su poder; si la ruta hacia sus posibles le es inaccesible y hasta se encuentra hecha jirones; en otras palabras, si la verificación de la unidad de las condiciones de cumplimiento de sus intereses está en peligro, esta persona siempre puede invocar una unidad falsa que salva a la anterior y que sólo yace en su imaginación, como Dios, la Patria o el Partido. La función de este polo ilusorio es conservar, desde el origen de los tiempos y por toda la eternidad, las cosas que me interesan, y eliminar todo lo demás o pretender que no existe. Este polo imaginario y suprapersonal

tiene la función de ahorrar al individuo todo esfuerzo y sinsabor en la tarea de encarar cada día el mundo.

Antes de que el individuo sintiera miedo de perder, los posibles de su mundo no eran más que el conjunto de efectos concretos que él podía ejercer sobre las cosas particulares. Pero el miedo obliga al individuo a renunciar a la unidad de condiciones prácticas y concretas que podían realizar sus necesidades; entrega su fe a una unidad abstracta que cuida de todas las cosas sin distinción. El individuo recupera la esperanza al precio de convertirse en un idólatra, un crédulo que se encuentra a merced de cualquier aparato de propaganda; lo creído es ahora lo que promete la salvación. Por otra parte, esa unidad abstracta o ilusión necesaria que salva a nuestro crédulo es tanto más vacía y extravagante cuanto más baja es la autoestima de éste. De ahí que la ilusión pueda llegar a pretenderse todopoderosa y eternamente actuante. Así, algunos empiezan por creer en su sindicato, en Change.org o en Fernando Alonso, pero la abstracción se desdibuja progresivamente con los fracasos, y acaba constituyéndose en poderes absolutamente remotos y ultraterrenos, como “la ciencia”, la “tecnología”, el destino astral, la Mano Invisible del capitalismo o el Espíritu Santo de los cristianos.

Hace algunos años comprendí que, mientras María Teresa Campos, el Papa, Paz Padilla, Punto Pelota, Mediamarkt o el Real Madrid sigan teniendo crédito; mientras formas de entretenimiento y medicinas para el espíritu como éstas sigan atrayendo prosélitos a su órbita de acción o pensamiento, es imposible cambiar nada en nuestra sociedad; o, al menos, nada relevante. Para hacer realidad la peor pesadilla de una persona sensata, El Gran Hermano podría muy bien castigarla a hablar en público por toda la eternidad. A su lado habilitaría un plató con Pablo Motos, los Morancos de Triana y el ballet de Carmen Russo con pistolas de silicona y anabolizantes sonrientes, para mayor terror y descrédito suyo. Todo lo que se contonea, convulsiona y excita se abalanza colina abajo sobre el más aburrido y anodino discurso, como manada de dobermans hambrientos o como caja de pedos por lo bajini con batería solar recargable. El falso reposo es un manantial de pena que lo recoge todo indistintamente -frigoríficos oxidados, revistas amarillentas, videoconsolas antiguas, cucarachas y palabras gastadas que invitaban a la crítica y la acción, pero que suenan, bajo la marabunta, cada vez más temblorosas, más lánguidas.

El vínculo entre nuestras creencias, el uso de nuestro tiempo libre, y las condiciones de regeneración política, es patente y de máxima importancia; sin embargo, cientos de miles de indignados -por no hablar de personas no identificadas con este movimiento- son incapaces de ver tales vínculos. Y ello es así porque estos vínculos no están delante de sus ojos, sino que se han convertido en sus ojos mismos, en las lentes a través de las cuales ellos miran a la realidad. Ellos conservan, quizás, otros intereses o preocupaciones cívicas y políticas; pero tenemos que admitir que el Real Madrid o el Mediamarkt constituyen, para ellos, mucho más que un interés. El Real Madrid es la camiseta que ellos se ponen, el Mediamarkt o la bandera española son elementos de su identidad personal, cuando no instrumentos para algún tipo de exótica salvación personal. La última campaña de supermercados Dia reza: "Queremos ser parte de tu familia".

Por motivos similares, al indistinto barullo inicial del movimiento indignado ha sucedido una infinidad de grupos concretos con sus propios intereses. Entre estos grupos no hay un discurso común, consistente, de propuestas viables o vertebrables con las de los otros grupos. Hay que añadir que tal discurso común tampoco existe en ciencia, en el mundo de la cultura o en la filosofía. Vivimos en un mundo de pluralidad de discursos, e incluso algo más: vivimos en un mundo que ha proscrito la unicidad del discurso, y cuyas razones para tener este sentimiento son, además, indiscutibles desde varios puntos de vista.

Pero, por otra parte, si no hay un discurso político o ideológico vertebrador, esta vertebración va a darse a través de otros mecanismos que, si no son discursivos, son, cuanto menos, pre-discursivos. Así, sólo las religiones o el marketing (publicidad, relaciones públicas) son hoy capaces de atraer uniformemente a grandes grupos, en masa. Eventos como el fútbol, el corralón televisivo o el circuito comercial suministran el núcleo de representaciones y conductas comunes; estas actividades constituyen el Uno Social o Afectivo. Ahora bien, su determinación psicológica no alcanza más que a la dimensión puramente emocional de las personas.

Hay que reconocer que, en nuestros días, cada vez que la seriedad, el discurso, etcétera, reclaman atención en orden a crear un ámbito de compromisos activos acerca de tareas colectivas de carácter crítico o técnico, los proyectos de unión o cooperación así planteados tienden a hundirse irremisiblemente. Es más: cualquier tal proyecto viene, de

nacimiento, marcado con el signo del fracaso. No se encuentra la forma de estimular a las personas para desenvolverse y crear su propia unidad de acción, aquella que habilita herramientas concretas para el cumplimiento de intereses concretos. Se prefiere, en cambio, garantizar la dependencia de las personas a toda costa. Se construye, de acuerdo con ello, la mayor maquinaria posible de distracción y adocenamiento. Se proporciona sin cesar, a los individuos, esquemas abstractos cuyo objeto no es sino contentar su imaginación débil y sus espíritus desahuciados.

El Uno Afectivo es, y no puede ser más que, un Uno de afectos televisivamente mediados, y prácticamente circunscritos a la esfera totalizante del consumo. Y no debe engañarnos la pluralidad identitaria que aparentemente se observa en el territorio del consumo; las múltiples familias identitarias que se arremolinan alrededor de equipos de fútbol, sentimientos regionales, clubes de fans o tribus urbanas, estilos de ropa, marcas favoritas, and so on, derraman su singularidad sobre la homogeneidad absoluta del Uno emocional y ritual del consumo.

Muchas veces se ha escrito, con razón: ninguna esencialidad, nada importante, existe fuera del capitalismo transnacional y del sistema mundial de organización y gestión de las mercancías, los afectos y las conductas individuales que Él patrocina.

Es por esta razón, entre otras, que yo me he deslindado de la acción inmediata en lo social, al menos en los últimos meses. Desde hace un tiempo, más bien me limito a sermonear sobre problemas que me parecen de mayor calado pero que, también, y necesariamente, son más abstractos.

Por ejemplo: este sermón que ahora lees.

Mis palabras no contienen invitación alguna a la acción inmediata. Al contrario, mi mensaje es un mensaje paralizador. Su contenido es siniestro y desesperanzador: si los cambios que nuestras sociedades necesitan son tan profundos que deben pasar varias generaciones para que sus efectos sean sustanciales, entonces, ¿qué haré yo? ¿Qué debo hacer? Pero, si se me dice que las personas necesitan creer en la efectividad visible e inmediata de sus acciones, responderé que esta actitud es parte del problema.

Toda esperanza impaciente está condenada a vacilar sin descanso entre el miedo y la idolatría.

La acción más revolucionaria posible, en la actualidad, sería la que se ejerciese sobre los fundamentos básicos de nuestro mundo, sobre las condiciones de posibilidad de nuestro sistema social. Estas condiciones, estos sistemas operativos del sistema social son, principalmente: los circuitos de propaganda, los mecanismos de creación de la identidad y los modelos de gestión del deseo. Sus outputs: falta de autoestima, dependencia e idolatría.

Para poder ejercer una fuerza de oposición sobre estas condiciones, debe antes popularizarse la noción de que en la actualidad no existe la dignidad, y de que lo existente es indeseable en su totalidad. Hay que explicar esta totalidad, desmenuzarla. Al mismo tiempo, es preciso reconocer nuestra incapacidad e inoperancia para revertir la degradación, miseria y barbarie con que esta totalidad, que es el capitalismo, nos golpea a todos cotidianamente. Ella es la que produce un Uno Aquietante gestado sobre el dominio de nuestros afectos y conductas, en lugar de facilitar la concurrencia de una Multiplicidad de Afectos sobre un Uno Actuante de Discurso y Legalidad.

Mas no te está permitido dejar de actuar, dejar de tomar responsabilidad por lo que ocurre en el mundo. No te queda otra que reconocer: mi poder es muy limitado; tanto, que desconfío del alcance de mis acciones sobre la realidad. Pero, precisamente, esto es lo que menos debe importarte: el efecto inmediato de tus acciones.

Pues no existe efecto inmediato que no esté mediado por las condiciones de evaluación de nuestra propia sociedad: y estas son, al cabo, las que hay que cuestionar y abolir.

Sobre una ecología de la creencia

A priori, lo creído por un creyente es lo de menos, el elemento contingente en la ecuación entre creencias y acción. La doctrina está de paso; sólo se puede decir que es ocasional, y más o menos oportuna. El elemento decisivo, determinante, de la creencia es su fuerza, así como la manera en que esta fuerza puede construir asociaciones de individuos prestos para la acción. Por cierto que no decimos nada nuevo, pues esto ya lo dijeron Spinoza, Hume, y muchos otros antes que nosotros.

Si sólo a lo creído corresponde la posibilidad de alcanzar, o no, la Verdad, ése es un problema para la Verdad, no para el poder ni para los creyentes. Mientras que el contenido de la creencia no mueve nada por sí mismo, está claro que la fuerza combinada de las creencias, sustentada por un grado de fuerza material suficiente, es lo que mueve la Historia. Si luego resulta que el modo de creer en una verdad dada, los métodos para alcanzarla, el modo en que se manifiesta lo creído, etcétera, son deformados a causa del dominio de un poder creyente y actuante, esto no cambia mucho las cosas. De nuevo, peor para la Verdad, y hay poco más que decir.

La noción de creencia invoca a una multiplicidad. Creo porque una determinada cantidad de sustancia se acumula en mis nervios y en mi cerebro, prestando fuerza a mi cuerpo e inmediatez a la acción. Por tanto, creo por cuenta de una multitud organizada. No creo como individuo, sino como confabulación. Toda creencia es, pues, confabulación: y la verdad, una confabulación de confabulaciones.

Es evidente que es posible una confabulación de locos. No hay leyes físicas ni psicológicas que impidan esto. Sólo basta con que las percepciones coincidan aproximadamente, con que los creyentes se vinculen sógnicamente en torno a un grupo de estímulos preferidos, tales que las conductas y los procesos sógnicos en boga se realimenten a fin de incrementar la cantidad de fuerza local disponible a la acción, y coordinable en unidades más grandes (organizaciones, familias, etc.). En esta ecuación, el objeto de la creencia es accidental, y los "individuos" en los que la creencia se da, también. Lo importante son las multiplicidades: tanto dentro de un individuo como, eventualmente, a partir de él.

¿Qué es el fascismo, entendido como fenómeno físico? Una organización de individuos sacados de las condiciones materiales de equilibrio. El desequilibrio mental organizado en creencias aberrantes y activas, consecuencia de un desequilibrio previo, éste patentizado en la destrucción de los vínculos sgnicos y físicos que tradicionalmente eran estables. Se sale de la rutina principal y se entra en la subrutina de inestabilidad; no obstante, esta inestabilidad, aun destructiva –e incluso, quizás, autodestructiva-, no por ello es menos rutina. De ahí que el fascismo sea metaestable, un fenómeno que siempre puede darse a partir de un estado de deriva e inseguridad social.

Lenguaje, matemáticas y magia: la utilidad de la filosofía

Hasta el siglo XIV solía creerse que las palabras eran formas sustanciales que se identificaban realmente con los objetos a los que se referían. Esta doctrina se denominaba realismo, o realismo ingenuo, y procedía, en parte, de Aristóteles. Según el realismo ingenuo había que admitir que los conceptos residían formalmente en los objetos -y el entendimiento humano debía extraerlos de allí-; la alternativa a esta teoría consistía en afirmar que los conceptos residían en un mundo trascendente, trasunto del real; podía decirse, por ejemplo, y así lo dijo Santo Tomás de Aquino, que los conceptos estaban en la mente de Dios; el entendimiento humano, iluminado por el entendimiento de Dios, podría acceder a ese mundo.

En el siglo XIV, Guillermo de Ockham reniega de esta teoría y propone la siguiente, que a la postre sería conocida como teoría nominalista: los conceptos son, y no son más que, signos con los que nos referimos a los objetos, pero no están en los objetos realmente, sino que suplantán a estos objetos en el mundo de la comunicación humana. Esto quiere decir, pues, que el lenguaje no "dice el mundo"; en lugar de ello, no es más que una herramienta con que los hombres nos orientamos en él. Las palabras son "teorías" o descripciones útiles; la relación entre signo y designado es contingente y arbitraria.

Naturalmente, ésta concepción es hoy, en filosofía, un asunto de lo más básico.

Pero ocurre que la concepción nominalista del lenguaje también se ha convertido en básica para cualquier persona medianamente sensata, pues es la que predica la lingüística científica, ergo la que se estudia en los colegios.

Debemos comprender, pues, que la transformación de la concepción mágica del mundo operada por Ockham, hacia una concepción más crítica y elaborada, es un regalo que la filosofía ha hecho a nuestras civilizaciones.

Es útil recordar esto en tiempos en que la filosofía es despreciada aquí y allá por inútiles que, en realidad, nunca la tomaron en serio, mientras que muchos de los mejores matemáticos del mundo no demuestran el menor pudor en confesarse platónicos o dualistas respecto de los objetos de la matemática.

En favor del platonismo matemático, se argumenta que, si el lenguaje matemático puede predecir ciertos eventos, o la ocurrencia de ciertas propiedades en objetos o sistemas de la naturaleza, ello debe ser porque el mundo, a su vez, está construido matemáticamente.

Naturalmente, he simplificado esta perspectiva en extremo. Pero, tal y como la planteo, ¿a qué os suena esto?

Desde la perspectiva de Ockham, brevemente expuesta sobre estas líneas, es fácil advertir la ingenuidad de este "platonismo vulgarizado".

Esto no quiere decir que la filosofía haya encontrado, de hecho, una explicación definitiva acerca del modo de ser de los objetos, propiedades, operaciones o relaciones matemáticas. Ello llevará aún largo tiempo, y quizás sea imposible dada la complejidad creciente de las diversas áreas de la matemática. Sin embargo, la filosofía tiene a bien, al menos, el advertirnos de la siguiente forma: que no tengamos tal respuesta, no nos justifica a acogernos a una respuesta que es manifiestamente falsa. Se nos invita, en cambio, a redoblar nuestros esfuerzos para la elucidación y aclaración de la matemática en términos instrumentales: ¿qué capacidad

tiene la matemática como creación humana? ¿Cómo son posibles, biológica y psicológicamente, los efectos a los que el uso de las matemáticas dan lugar? Por último: ¿para qué sirven, y para qué no sirven, las matemáticas?

Sin embargo, y a pesar de la incapacidad del platonismo para responder a estas preguntas, señores muy bien considerados en las academias matemáticas o físicas, como Mr. Roger Penrose, siguen defendiendo esta postura -es decir, el platonismo como ontología basada en una concepción "mágica" de las matemáticas como lenguaje.

Ellos necesitan dejar impensados algunos problemas para no quedar paralizados en el ámbito intelectual que realmente les interesa; les es indiferente revelar, con sus ontologías y sistemas, su falta de interés real en aquellos problemas. Pues toda explicación de las matemáticas como algo-más-que instrumentos al servicio de necesidades humanas, no es más que obsequio y superfluidad.

Quizás, el hecho de considerar la inmensa variedad de problemas insolubles supone, para ellos, motivo suficiente para acogerse a la doctrina más agradable, menos incómoda, más a mano.

Mas, ¿qué sería del pensamiento si todos actuáramos de la misma forma?

Dejadles que hablen, pero no dejéis de incomodarles.

No permitáis, tampoco, que os digan jamás que la filosofía no sirve para nada.

Las Provincias Federadas de la Idea

Supongamos que la idea se individúa con la palabra, de manera que no haya palabras sin ideas ni ideas sin palabras, y ello sin implicar que unas y otras sean las mismas cosas, como es evidente. Hablaríamos de una biyección o correspondencia uno a uno, según la cual la palabra es significante y la idea su correlato mental, el significado. Conocemos este

esquema: es el esquema del logicismo clásico (Russell, Tarski, Davidson), tributario del de Platón. Hablamos de un mundo de correspondencias entre objetos acabados y estables, con un cortocircuito total entre lo pensado y lo dicho. Este cortocircuito es necesario por cuanto que a lo dicho (p) hay que atribuir una verdad o una falsedad, de modo que se evalúe retroactivamente lo creído por el hablante. No olvidemos que en esta comprensión el elemento crucial es si la creencia es verdadera o no; si lo dicho se ajusta al mundo, entonces tenemos un pensar adecuado, existe una imputabilidad, en fin, cosas éstas imprescindibles para determinados menesteres comunicacionales típicos de nuestra civilización.

El problema reside aquí en las relaciones entre las experiencias (sense-data) y las ideas, o entre la percepción estética (aísthesis), sometida a la errancia y la desmesura, y la idea, a la cual suponemos estable y ligada ya a la palabra. En un lenguaje lógicamente perfecto, y en un mundo donde los hablantes son omniscientes, es lícito presuponer que el emisor recoge sus experiencias, concibe sus ideas, y liga a éstas las palabras que les corresponden, de modo que el éxito en comunicación es una acumulación de éxitos de los participantes, pues el receptor, al traducir la palabra mentalmente, no puede tener sino una idea idéntica a la del emisor. Sabemos que en realidad no sucede así, que la palabra es un mero intermediario y que se traduce de modos diferentes por emisor y receptor, de modo que uno y otro ligan a la palabra memorias y experiencias distintas. Si aceptamos lo anterior, parece imposible afirmar que uno y otro hablante tendrían la misma idea cuando mencionan la misma palabra. Después de todo, una idea es una multiplicidad, y presupone la intencionalidad de los hablantes, que no son meros apósitos de lo que se está diciendo, sino sujetos a los que en su hablar les va su ser.

Expliquémoslo de otro modo. Nuestro filósofo objetiviza la idea, le da realidad y unicidad, perpetrando un cortocircuito sobre el nexo entre palabra e idea. Lo problemático es aquí explicar el nexo entre intuiciones o percepciones activas, y representaciones simbólicas manejables, con las que ya se puede operar. Es nuestro deseo, en cambio, problematizar ese vínculo entre palabra e idea, traerlo al más acá en que las representaciones ya-o-todavía-no pueden ser simbólicas, precisamente porque lo comunicado y, en general, lo pensable, siempre cae un poco por fuera del símbolo, cuando no decididamente más allá de él.

Naturalmente, el teórico que afirma "idea=palabra" no tiene ese problema, porque se deshace de él a priori. Nosotros, por el contrario, queremos decir que el símbolo es una cosa, la representación otra, y la representación no siempre encaja con el símbolo, debiendo buscar otros medios para expresarse. De ahí que el arte o la poesía se empleen, de hecho, para expresar esas ideas que los modos de comunicación simbólicos y reglados nos vedan de ordinario.

Esta concepción se hace tremendamente intuitiva si examinamos una situación de comunicación real. Vemos, muy a menudo, cómo un grupo de matemáticos, de niños e incluso de borrachos se transmiten ideas por dibujos, esquemas o gestos apenas apreciables. Estos son modos de expresión que no sólo completan el discurso; son, de hecho, su fundamento y origen. La idea, si está ahí, es como intención expresiva y comunicativa de un estado de cosas real, posible o deseable; de ahí su pluralidad; el hecho de que una palabra quede siempre corta para expresarla se refleja en la multiplicidad de formas de expresión que concurren al acto de comunicación, sin que sea posible deslindar al símbolo de su nicho no-simbólico concomitante.

Imagino las conversaciones como encuentros de personas que siempre van siempre detrás del mundo y, en particular, detrás de su interlocutor; penosamente, uno y otro rastrean, en la medida en que sus precarios entendimientos se lo permiten, el modo más adecuado de expresar sus intenciones. Entendida así la conversación, la elección de cada palabra por parte de una persona es, en ocasiones, una cuestión de vida o muerte, una batalla agónica entre multiplicidades mentales que concurren y disputan muy torpemente; de modo que la batalla se decanta demasiadas veces por palabras impropias o inadecuadas, cuando no por palabras que ni siquiera existen.

En este mundo no hay que suponer nada manufacturado y decidido, nada que funciona automáticamente para regocijo de Dios y aplauso de la República de las Letras. Una cosa tal como la idea se revela contradictoria en los términos; no hay idea sino manada intencional que busca ser expresada, manada que a lo mejor se presentará en el mundo de los hechos con una bandera y la cabeza del enemigo, o a lo peor como una tropa de lisiados irreconocibles. Mientras tanto, en el mundo donde idea=palabra, los hablantes no son ni siquiera necesarios. El lenguaje va a

lo suyo, es una cosa muerta y hueca, que no sirve a nadie, una cosa autosubsistente y amputada del mundo.

Impugnación al logicismo lingüístico

Cuesta comprender cómo in the hell un sinnúmero de filósofos, entre ellos el mismísimo Wittgenstein del Tractatus, quedaron tan cegados por el logicismo como para terminar construyendo filosofías del lenguaje completamente absurdas. Así, muchos grandes pensadores quedaron obnubilados por las equivalencias formales o la verdad –en su formato restringido de "verdadero o falso"–, las proposiciones, etcétera, permitiendo que éstas se constituyeran como los cimientos de estructuras metafísicas que estarían, por así decir, detrás de lo que hablamos.

Señores, no podemos olvidar que todo lenguaje humano proviene del grito irracional o pre-racional del mono, y éste del intercambio de zumbidos y feromonas de las moscas. Toda frase proviene de ese fondo oscuro de devenir irracional que busca desesperado su reposo temporario, sin que las más de las veces logre encontrarlo. Así, las matemáticas o la lógica no subyacen, no están detrás, sino que son aplicadas sobre protoestructuras que a su vez son formalizaciones de protoestructuras menos rígidas, y así, regresivamente, llegamos hasta el protogrito.

El protogrito es compacto, complicado pero muy flexible. El protogrito está cerca de los afectos, la estructura es fría y sensata. El protogrito es una cueva que quiere ser hogar, la estructura un palacio chino. La proposición y las formas lógicas llegan de visita, son invitados de la casa pudiente: no todos se pueden permitir tener una forma lógica en casa. Capa sobre capa, choza sobre el pantano, así es como la forma lógica llega al lenguaje. Pero esta forma lógica no llega de una vez por todas, como si la choza pudiera reclamar para sí la eternidad sin atender a las vicisitudes del pantano, choza-castillo que aísla y rige el reino, y que el lobo no derribará con sus soplidos. Quiere hoy la forma lógica adueñarse del mundo, reírse de la precariedad y elaborar la historia clínica de nuestro

paciente, el incómodo y ambiguo lenguaje. El lenguaje no quiere atenerse a nuestro programa de salud pública, ¡camisa de fuerza para él!

Olvidan los lógicos que la brutalidad y la impropiedad lingüísticas no son aberraciones de la estructura preformada, no son caos a partir del orden, sino caos que subyace a todo orden, río rugiente bajo la balsa. ¡Agradece la balsa! Por cuanto que ella acoge al náufrago, aplacando su tránsito entre los rápidos. ¡Aléjate de la orilla! El lenguaje no está encallado, inmóvil entre las rocas. La balsa está para el río, y nada hace fuera de él. El río es, en cambio, soberano: a él le importa tres pitos si le navegan o no, y mucho menos aún, quién le navegue. Potencia pura, la vida misma. Y puede la vida ser canalizada, dragada, obstruida, pero jamás suprimida. Pues sólo la vida suprime o restaura los derechos de las cosas... ¡Instrumentos son las cosas, instrumentos para la vida!

Matemáticas, simpatías y antipatías

Como aún se hace en nuestros días, muchos antiguos explicaban los procesos naturales a base de entidades, y fuerzas que ligaban y separaban entre sí a esas entidades. Pero, a diferencia de nosotros, tales fuerzas solían recibir, en los antiguos, una interpretación antropomórfica. Así, para Empédocles el griego, el amor y el odio eran principios de individuación. La distinción entre lo que se une y se separa, lo que se identifica y diferencia, conoció otras parejas explicativas de la misma índole: los alquimistas o los primeros físicos electricistas acudían una y otra vez a las conveniencias y desavenencias, simpatías y antipatías, y otros términos similares, para explicar algunos de los fenómenos que estudiaban. Gaston Bachelard cita un texto que ilustra a la perfección este modo de mirar al mundo:

“El imperio de la electricidad es tan extenso, que sus límites y extremos son los del mismo Universo que abarca: la suspensión y el movimiento de los planetas, las erupciones de las tormentas celestes, terrestres y militares; los meteoros, los fósforos naturales y artificiales; las sensaciones corporales; la ascensión de los líquidos a través de los tubos capilares; las refracciones, las antipatías, simpatías, gustos y repugnancias naturales; la curación musical de la picadura

de la tarántula, y de las enfermedades melancólicas, el vampirismo, o succión que ejercen recíprocamente entre sí las personas que se acuestan juntas, son de su incumbencia y de su dependencia, como lo justifican los mecanismos eléctricos que daremos". ([Bachelard](#))

Este texto, que Bachelard recoge del *Essai sur le fluide électrique* considéré comme agente universal del Conde de Tressan, se publicó en una fecha no tan lejana: 1786. Evidentemente, el valor de textos como éste es colosal por sus efectos sobre la evolución de la ciencia subsiguiente, a pesar de que ahora nos suenen ingenuos y repletos de atropello y superstición. Gaston Bachelard presenta el texto como un ejemplo paradigmático de explicación en la etapa precientífica de una disciplina concreta. Incluso podríamos hablar, en este sentido, de una etapa precientífica de la humanidad. La mentalidad antropomórfica debía ser dejada atrás, y sustituida por una geometrización; acaso debía producirse una esquematización o figuración preliminar, en todo caso cuasimatemática, como paso previo a la aritmetización. Según Bachelard, este apartamiento de los antropomorfismos, unido a la aplicación de instrumentos matemáticos crecientemente sofisticados, es condición sine qua non del trabajo científico. Por tanto, si es que algún día pretendían considerarse científicas, las distintas disciplinas debían apartarse del antropomorfismo, y abrazar las matemáticas en sus explicaciones.

A mí me gustaría decir que textos como éste no tienen un valor exclusivamente histórico, derivado de su contribución a una empresa que los dejó atrás bajo el rótulo de "SUPERSTICIOSOS". Estos textos tienen también un valor intrínseco, que incluso desborda las consideraciones de orden estético. Aunque Bachelard tiene razón cuando dice que las matemáticas son un signo de la conversión de las pseudociencias en ciencias, no creo que pueda decirse que toda disciplina matematizada, por muy sofisticadas herramientas que aplique, sea científica. Tenemos el caso de la economía, que es, casi en su totalidad, una pseudociencia. Conocemos muchos casos de hoax o fraudes en los que, so capa de cientificidad, se presentan teorías burdas o que emplean datos adulterados o de experimentos inexistentes. Las matemáticas no garantizan la cientificidad. Yo puedo emplear las ecuaciones de Maxwell, o modelos de turbulencia si así lo deseo, para predecir cuánta gente pasará por una esquina concreta a una hora determinada: pero quizás no he elegido bien mis herramientas, o no estoy mirando a ese sistema de un modo adecuado. La cuestión es que puedo estar aplicando la matemática

de un modo insensato: necesito mucho más que buenas matemáticas para poder llamarme científico.

Por otra parte, en textos como los del Conde de Tressan se observa a un ser humano que aplica a la naturaleza conceptos con un significado social y afectivo muy característico. Esto quiere decir que el hombre se reflejaba en la naturaleza: veía en ella signos acerca de lo que ocurría entre los hombres, y aprendía de esos signos naturales enseñanzas de carácter moral. Cualquiera podía dedicarse a hacer ciencia, tal como cualquiera podía sentir "simpatía", "antipatía", "amor" y "odio" por alguien. Era una cuestión de observar los datos primitivos, recurrir a mitos conocidos por todos, y elaborar una historia que mantenía a los hombres ligados entre sí y con su mundo. El orden de las cosas se expresaba en un lenguaje que un niño de teta podía comprender: la naturaleza hablaba de problemas cotidianos, de las cosas de la calle. Ella estaba ahí para todos, sin distinción.

Huelga decir que un tal esquema de comprensión de la naturaleza no necesitaba de expertos que lo interpretaran. Todos podían ver un fenómeno, sentirlo y concluir lo mismo. Acaso el poeta podía expresarlo como ningún otro, cantarlo de modo que los demás dirían, ante su canto: "pienso lo mismo que tú, mas la naturaleza no me concedió a mí el privilegio de expresar sus designios con tan bellas palabras".

Lo que me interesa concluir de esta reflexión es que este idilio entre hombre y naturaleza, así como la relativa estabilidad de las comunidades humanas dispersas por el mundo, simplemente se rompió con la aparición de los sacerdotes y teólogos, que se arrogaron el derecho exclusivo de interpretar a la naturaleza. Esta nueva clase de especialistas, hasta entonces desconocida a los hombres, complicó leyes y religiones de tal guisa que ya no le fue posible al profano comprender nunca más la naturaleza según los vínculos que ligaban a los hombres ordinarios en sus acciones cotidianas. También fue en el seno de esquemas de gobierno centralistas e imperiales -autocráticos, diríamos- donde la matemática dio sus primeros grandes frutos: Babilonia, Egipto fueron ambos imperios que desarrollaron castas de sacerdotes y escribas para los cuales la matemática, la administración de las tierras, y el culto a los dioses se fundían en lo que hoy llamaríamos una práctica esotérica de gobernanza. La influencia de esta práctica puede rastrearse hasta las intelligentsias o los complejos militar-industriales contemporáneos.

No nos confundamos. Hay mucho más que esoterismo e imperialismo detrás de las matemáticas o la ciencia actual. Sin embargo, está claro que la mayor parte de las personas no tiene sino un conocimiento precario de matemáticas, y que a muchos les falta el interés por aprender. ¡Tantos niños aprenden a repugnar de este maravilloso lenguaje, ya desde los primeros años de colegio! Siendo así, nos parece sensato afirmar que la matemática es un lenguaje capaz de seleccionar muy pocos individuos para su práctica, o lo que es lo mismo: la matemática es una práctica altamente selectiva. Todos hablamos el lenguaje natural, muy pocos se atreven a matematizar. Por otro lado, las matemáticas explican muchos fenómenos físicos, químicos y de otras categorías; pero no sirven para discutir una gran mayoría de asuntos de la vida común, que son los que nos preocupan a todos. No flirteamos ni negociamos un acuerdo matematizando; exceptuando a los matemáticos que organizan congresos, o a los alumnos en las aulas, las personas no nos reunimos en lugares públicos a matematizar; tampoco las leyes o los deseos se pueden expresar en lenguaje matemático.

En mi opinión, esta reflexión es claramente aplicable a otros lenguajes, como los lenguajes de programación e incluso parcelas concretas del lenguaje natural: al igual que las matemáticas, los lenguajes del derecho o de la física son enormemente selectivos. Las leyes físicas o del derecho no están hechas para ser comprendidas y discutidas por la mayor parte de los hombres, ni sirven para todos los propósitos. Como sugirió Hilary Putnam, la división del trabajo tiene su correlato en la división de las técnicas y los lenguajes -la matemática, con su alta selectividad, es la prueba más manifiesta de este proceso de ruptura, pero no la única. Todas y cada una de las tecnicidades especializadas invocan a este modo de comprensión de los lenguajes: así, hablaríamos del lenguaje técnico-perceptual del mecánico de coches y de los desenvolvimientos lingüísticos, técnicos y corporales de un juez de silla de tenis, un sexador de pollos o un sensei de judo.

Es un hecho obvio que, en nuestra época, las simpatías y antipatías entre personas no pueden ya ser relacionadas con las simpatías y antipatías que se dan en la naturaleza. El camino que Bachelard cree que el conocimiento objetivo debe recorrer, el de la matematización, es un camino que ha demostrado alejar a los hombres del mundo. Todo otro proceso de tecnificación, al establecer una paralela tecnificación de los cuerpos,

lenguajes, y percepciones, puede interpretarse de acuerdo con las mismas líneas: la tecnificación supone un esoterismo, una ruptura en estratos, una selección de perfiles que apunta a su posterior organización en grupos separados e independientes.

En estas nuevas condiciones, los individuos comunes, que somos la mayoría, serán incapaces de explicar su mundo por sí mismos. Para ello deberán recurrir a los expertos, que saben en qué se puede y se debe creer, o cómo algo se puede y se debe hacer. La seguridad y la confianza públicas, anteriormente plasmadas en esos estrechos lazos entre comunidad y naturaleza, ahora se halla distribuida en grupos de interés esotéricos a los que no todos podemos acceder. Lo que es más: no existe ya, siquiera, un órgano central al que acudir en busca de la respuesta, Dios o el Caudillo de turno; en la actualidad, el biólogo tiene sus explicaciones, el físico las suyas, el médico otras por completo diversas.

Los discursos proliferan y siguen diferenciándose entre sí: las áreas se convierten en mundos. Así, un experto de un mundo debe también creer ciegamente en el mundo, absolutamente heterogéneo, que le describe el experto de otra área. En efecto, pues él sólo puede esperar ser reconocido como experto si aprende a reconocer la competencia de los demás expertos. La dependencia mutua es la norma; el esoterismo y la exigencia, agudizados ambos por el esquema de competencia capitalista, no cesa de reproducir este esquema que densifica lo social y complejiza la vida, creando sin cesar nuevos estratos y grupos esotéricos, cada uno con sus expertises y sus lenguajes específicos. Entendemos que las implicaciones epistemológicas y sociales de este proceso fueron descritas impecablemente por Kuhn, para quien todo progreso técnico o científico va no en la dirección de una integración, sino de una especialización y diferenciación progresiva entre disciplinas. La evolución del conocimiento, las tecnologías y los medios de expresión sería creadora y diferenciadora, y no teleológica y totalizante, como querría una comprensión hegeliana de la historia.

Como consecuencia de este proceso, la respuesta a mis necesidades se encuentra en todas partes y en ninguna. En todas, puesto que debo recurrir a la opinión de miles de expertos antes de considerarme verdaderamente justificado para creer en algo, si es que, dada la ocasión, no quiero ser acusado de imprudente, e incluso de ignorante. En ninguna, porque no existe la forma de combinar todos estos conocimientos de

modo que su conclusión señale una solución definida a mis preocupaciones, mientras que, en todo momento, debo actuar inmediatamente. Por lo tanto, es necesario que una y otra vez actúe sin la ayuda de sustento alguno. Nada es ya lo que me une a los otros, puesto que no existe explicación científica de la simpatía, y toda explicación no científica es tachada de irrelevante. Nada me une a la naturaleza, puesto que no comprendo a la naturaleza en términos de lo que mis semejantes o la experiencia me dan a conocer.

Sólo existo como ser suspendido en la nada, entregado a la pluralidad de dominios disgregados en que la "naturaleza de los científicos" se resuelve, mi mundo disuelto en una serie de acciones sin sentido junto a otros agentes concomitantes, todos ellos más o menos accidentales...

Por lo demás, mi vida no puede ser pospuesta, estoy obligado a vivirla ya, y a hacer de ella algo sagrado.

Preguntamos si cabe esperar que pueda volver a reunirse aquello que los avances científicos y técnicos separaron, bien que sea en refugios locales y con los más laxos vínculos.

O si, como parece sugerir el modelo kuhniano de progreso del conocimiento que hemos desarrollado, estos vínculos serán ya siempre, de ahora en adelante, prohibidos, reducidos, eliminados de acuerdo con las necesidades de las distintas disciplinas técnico-científicas.

Si la humanidad vive una adolescencia, que encontrará reposo en una próxima madurez; o si lo que ocurre no son meros trastornos del crecimiento, sino indicios de un proceso de ruptura y extrañamiento que sólo acaba de empezar.

En tal caso, ¿qué nos queda?

La vida, siempre la vida.

Infinito, esa promesa

Siempre se representa al infinito como parte de una serie de números. Tomemos a los números naturales. Tenemos 1, 2, 3... ∞ . Pero es obvio que el infinito no es un número natural. Esto se observa en que yo no puedo aplicar al infinito la mayoría de las propiedades que los números naturales tienen. Por ejemplo, los números naturales se pueden sumar entre sí, y el producto de naturales tiene la propiedad distributiva respecto de la suma. Yo no puedo hacer esto con el infinito, tal cosa simplemente no tiene sentido. ¿Qué es el infinito?

Aviso al lector de que la teoría que a continuación voy a desarrollar es deliberadamente rookie, porque yo no soy un matemático. Aún así, voy a atreverme a especular acerca del infinito, considerando que mis especulaciones pudieran ser de interés, y quizá de utilidad, a cualquiera que alguna vez se haya preocupado por esa extraña entidad –el infinito.

Plantearía la elucidación de la naturaleza del infinito del siguiente modo. Los números naturales no existen desde toda la eternidad. Al principio, usábamos marcas para contar fenómenos que identificábamos entre sí, por considerarlos lo suficientemente similares. Así, inscribíamos las típicas marcas que hoy los paleoantropólogos encuentran en bastones o en huesos prehistóricos. Con estas marcas se serializa la repetición, y se adquiere conciencia de lo idéntico-que-se-repite. Se representa esto "idéntico" (X) con una marca, y se hace otra marca, igual a y detrás de la anterior, para cada ocurrencia de ese idéntico.

El paso del marcar al contar parece trivial, pero no lo es. Para contar debo decir: cada tantas repeticiones de lo idéntico (tantas marcas), pasa esto otro (Y). Hay un evento distinto a X, un evento cuya importancia suscita la posibilidad del conteo. Por ejemplo: cada 29 días, transcurre un ciclo lunar, o lo que es lo mismo: para cada 29 X, ocurre 1 Y; o, para cada 29 marcas, un hueso de fémur. Así, la marca adquiere un valor de conteo: se entiende que, con el conteo de marcas, es posible establecer correlaciones entre eventos-tipo de distinta clase.

Llegado cierto punto, se percibe que una marca es insuficiente cubrir nuestras necesidades, y la marca se distingue de sí misma: cada cuatro marcas, una diagonal. Y cuatro marcas tachadas diagonalmente son cinco

eventos. Eventualmente, la tachadura se distingue de las marcas, y se obtienen dos símbolos: | y /. Este proceso puede repetirse, hasta que se genera un sistema numérico estable.

Nosotros hemos encontrado esta estabilidad, de momento, en el sistema decimal que inventaron los árabes. Dejando a un lado los operadores, en el sistema decimal existen diez signos que representan a las unidades básicas diferenciadas a partir de las cuales se generan todos los números posibles: 0-1-2-3-4-5-6-7-8-9.

Notemos que la sucesión ya se utilizó mucho tiempo antes de que Peano – según creo, él fue el primero- definiera el operador sucesor para generar todos los números naturales a partir del 0 y el 1. Todo aquél que operaba con números, ya fuera burócrata, comerciante o matemático, sabía, tácitamente, que el 1 va antes del 2, el 7 después del 6; análogamente, la misma ordenación se repetía al pasar a decenas y centenas: el 66 es anterior al 67, el 60 al 70, y el 700 al 800. Se pretende que este modo de ordenación, que es externo a los números mismos, podría repetirse indefinidamente.

Es entonces cuando, por reflexión sobre las operaciones y representaciones que yo utilizo, y con las que estoy sobradamente familiarizado, yo puedo analizar este sistema práctico de conteo y operación en dos grupos de entidades: un "grupo de objetos" y dos reglas de generación. Los objetos son los números; las reglas de generación, la sucesión y la inducción. La sucesión nos dice que, para cada número natural, su sucesor es un número natural; la inducción, que esta regla se puede aplicar indefinidamente, esto es, para siempre.

Ahora bien, está claro que "para siempre" no existe como objeto. "Para siempre" no es más que una promesa: yo no puedo aplicar la sucesión indefinidamente y, de hecho, la aplicación indefinida de la regla entra en contradicción con el carácter concreto y finito del número. Así, yo no puedo representar lo que resulta de aplicar la regla, porque nunca terminaría de escribir números. Por tanto, digo que la aplicación indefinida de la regla reifica en entidad. Digo que existe lo infinito, cuyo ser no es otro que la hipóstasis de la regla, y digo que el infinito se deduce inmediatamente del sistema de los números naturales. Sin embargo, el infinito no llega nunca a ser otra cosa que la consecuencia de la inserción, en el seno de la serie de los números, de una entidad metafísica. Esta

entidad es metafísica porque mezcla el concepto de número con el concepto de regla, mientras que, en mi opinión, ambos conceptos son completamente heterogéneos. De ahí que el infinito no sea un número, pero no podemos dejar de colocar al infinito entre los números, y decimos: el conjunto de los números naturales es infinito.

Recordamos entonces al anciano brujo que hacía marcas en su bastón para saber cuándo vendrán las lluvias, cuánto queda para que vuelva la Luna Llena, o cuándo concluye el período de hibernación de las bestias, y preguntamos ¿para qué el infinito? Si las marcas sirven para inscribir y contar, y los números para operar, marcas y números no son más que técnicas de representación ligadas a la praxis más o menos inmediata. El infinito procede, en cambio, de la reflexión que explicita la regla que antes sólo era implícita, y se sitúa en otro plano completamente distinto. Los números, inmanencia; el infinito, trascendencia de la regla. El infinito, una equívoca promesa: un "para siempre", una mentira.